

tu que liberta á los hombres justos de la carga de la ley, haciéndolos, no obstante, participar, en mayor grado que los otros, de las ventajas de la ley, ⁽¹⁾ es la prueba más evidente de la sublimidad sobrehumana de nuestra religión.

El mundo era incapaz de producir este espíritu; todavía hoy es incapaz de apreciarlo, á pesar de que vive y se agita ha ya tantos siglos á la vista de todos. El mundo nos trata de cobardes é indómitos, y ni siquiera quiere comprender que la obediencia y la más orgullosa libertad de espíritu, pueden perfectamente armonizarse. Concebimos esto con un sentimiento verdaderamente elevado, y en ello encontramos la prueba cierta de que sólo á la gracia de Dios somos deudores de este precioso tesoro, á saber: la inteligencia de la libertad en la legalidad.

Llenos de confianza en esta gracia, afirmamos, en nombre de todos los cristianos, que todo pueden esperarlo de nosotros y pedirnoslo todo, excepto tres cosas, tres cosas que nadie conseguirá jamás de nosotros: Que nadie ose exigir de nosotros que despreciemos la ley; que nadie espere, mientras seamos verdaderos cristianos, hacer de nosotros esclavos de los hombres; que nadie crea poder arrancarnos lo que constituye nuestra gloria y el secreto de nuestra fuerza, no ya la libertad por la ley,—¡Dios nos preserve de ello!—sino la libertad en la ley y aun por encima de la ley.

(1) Agelius, *In psalm.*, 24, 9.

CONFERENCIA VIII

LA GRACIA Y EL IDEAL DE LA HUMANIDAD

1. El mayor mal para la humanidad es la profanación de su ideal.—Sin duda alguna, es una gran injusticia engañar al pueblo en lo relativo al peso y á la medida, y no dar á su legítima moneda el valor que en realidad tiene.

En los tiempos en que la Iglesia ejercía influencia en la vida pública, creyóse en la obligación de oponerse enérgicamente ⁽¹⁾ á los soberanos que se enriquecían por tales medios á expensas de sus súbditos, y castigar los perjuicios, ocasionados así á los pobres y á los débiles, con penitencias ⁽²⁾ y aun con el mayor de sus castigos, la excomunión. ⁽³⁾

Pero esto está muy lejos de ser la mayor injusticia que puede cometerse con el pueblo sin defensa. Mucho mayor es,—porque en este caso el crimen, no sólo ataca á la propiedad, sino también la vida y la salud del prójimo,—la que se comete cuando la avaricia inhumana abusa de las invenciones de la ciencia para falsificar los medios de existencia que el pobre adquiere á costa del sudor de su frente, de sus lágrimas y de su sangre, y con los cuales prolonga su miseria con su vida.

Pero es peor todavía la que se comete cuando aquellos á quienes Dios ha dado el poder de decidir con una

(1) Cf. Concil. Arel. (813), c. 15. C. Turon., III, c. 45. Innocent. III, l. 2, ep. 28. Nicol. Oresmius, *De mutatione monet.*, 15, 17 y sig., 26.

(2) C. ut mensuræ, 2, X, de emptione (III, 17).

(3) *Extravag. Joann.*, XXII, tit. 10.

palabra, de una plumada, cuáles deben ser los derechos y leyes de un país, echan por tierra las costumbres seculares, minan en los corazones el sentimiento del derecho, y declaran sin protección la virtud, honroso el engaño y permitida la usura. Pero el daño mayor que puede sufrir la humanidad, es seguramente el que se produce cuando los que dirigen la opinión pública hacen dudoso el derecho, ridícula la virtud, despreciable la religión, y, con esto, abaten los espíritus, manchan los corazones, y, en una palabra, arrancan á los pueblos su ideal y los convierten en materia dispuesta para la ruina.

2. El libre espíritu caballeresco de los antiguos pueblos cristianos.—Todo general verdaderamente digno de este nombre, todo demagogo, sabe que la manera de obrar del hombre responde exactamente á la opinión que tiene de sí mismo. Antes de conducir sus tropas al combate, les dice brevemente lo que son, lo que pueden y deben ser, y luego se retira tranquilo detrás de la línea de batalla; sabe que estas pocas palabras ejercerán una influencia decisiva sobre los acontecimientos de la jornada.

Pues lo que ocurre en el campo de batalla, ocurre también en la vida. La conducta de uno cualquiera es la expresión exacta del ideal que de sí mismo se ha formado. Preguntad á un hombre lo que piensa de sí, y sabréis cómo se conduce. Que uno se sienta atacado de la locura de creerse vástago de una estirpe real, y se ofenderá contra el que quiera obligarle á cometer una acción indigna de un rey. Por lo contrario, el que ha caído en un grado tal de rebajamiento, que se complace en representar el papel de un gorila perfeccionado ó degenerado, no podrá naturalmente evitar una carcajada, si uno le habla de ennoblecimiento moral, de renuncia personal, de santificación, y difícil le será abstenerse de dirigirnos el reproche de hipocresía, siempre que hablemos de bienes espirituales, de fe en lo sobrenatural, de los cuidados que debemos á nuestra alma inmortal, de conciencia, de pureza, de perfec-

ción. Ha renunciado á todos estos ideales, y de aquí que todos los que en ellos creen todavía, sean engañadores ó entusiastas embaucados.

3. El doble ideal del Humanismo manifestado por los griegos y los romanos.—Según esto, es muy fácil formular un juicio cierto, tanto sobre el hombre aislado, como sobre cualquier otro período histórico. Tal hombre, tal ideal; y tal ideal, tal hombre. Si conocemos el ideal que un pueblo ó una época ha tenido ante sus ojos, conocemos ya su vida más íntima. El examen del hecho histórico no hará otra cosa que confirmarnos en este conocimiento.

Tomemos por ejemplo al griego y preguntémosle: ¿Qué es el hombre? Nos responderá por la boca, no de uno de sus espíritus superficiales, sino por la de uno de sus filósofos más serios: «El hombre no es otra cosa que un juguete que los dioses se han fabricado para distraerse con él, ⁽¹⁾ y debe tenerse por muy dichoso de que no le hayan asignado un papel peor. Nada puede cambiar de esto. Si es prudente, lo único que debe hacer, es procurar acomodarse á este papel y representar del modo más agradable posible las niñadas que se le exijan». ⁽²⁾ Centenares de libros no podrían pintar el carácter de la vida griega de un modo tan exacto como este corto, pero, por otra parte, profundo pasaje de Platón.

Mas también los griegos se encuentran pintados de mano maestra en esas pocas líneas, pues se familiarizaron tan perfectamente con ese papel de niños de que hemos hablado, y lo representaron con tanta habilidad, que los sombríos sacerdotes egipcios ⁽³⁾ no pudieron abstenerse de decirles por boca de uno de sus hombres más célebres, de Solón, que había ido á instruirse en Egipto: «¡Ah Solón, Solón! Vosotros, los griegos, sois niños y siempre lo se-

(1) Plato, *Leg.*, 7, p. 803, c. Cf. Tacitus, *Ann.*, 3, 18.

(2) *Τούτω δὴ δὲν τῷ τρόπῳ ξυνεπόμενον χαί παίζοντα ὄντι χαλλίστα παιδίαις.* Plato *l. cit.*, Cf. *Antholog.*, *Palat.*, 11, 19, 56, 62.

(3) Plato, *Timæus*, p. 22. C. Clem. Alex., *Strom.*, 1, 15, 69, p. 356; 1, 29, 180, p. 426. Euseb., *Præp. evang.*, 10, 4, p. 471, c. Cf. *sup.*, II, 10.

réis. Jamás un griego podrá adquirir la seriedad y la ciencia de un viejo.»

Tenemos en esto una prueba palpable del hecho, apreciado por pocas personas de un modo bien exacto, del hecho de que, en la práctica, las cuestiones fundamentales más generales tienen con frecuencia la mayor importancia. ⁽¹⁾ En apariencia, es una cuestión casi ociosa preguntar qué caso hace el hombre de sí mismo, y bajo qué aspecto se considera; pero en realidad es una cuestión de las más trascendentales para su vida entera. Hácese sentir esta influencia, no sólo en lo que le concierne personalmente, sino también en lo referente á la totalidad, á la vida social y política completa. Esto es lo que vemos entre los romanos. Si les preguntamos qué ideas tenían del hombre, sólo nos darán la siguiente respuesta: «El hombre es una parte del Estado, un ser político. ⁽²⁾ El que no ha sido reconocido como miembro de la totalidad, en otros términos, aquel á quien la totalidad no le ha reconocido ciertos derechos, no posee ni derechos ni existencia. Porque no es el hombre, en cuanto hombre, el que existe y vale algo, sino el hombre en cuanto es reconocido como parte del todo. No se tiene en cuenta nada de lo que haga personalmente, sino únicamente lo que realiza como miembro de la comunidad. El que no despliega una actividad cualquiera al servicio del Estado, forma parte del rebaño vulgar, y de él nadie se cuida para nada.» ⁽³⁾

El hombre, en el sentido propiamente dicho de la palabra, ⁽⁴⁾ no tenía, pues, personalmente valor alguno, considerado desde el punto de vista en que se colocaba el romano; el individuo sólo tenía valor como parte del gran todo del Estado, y aun esto sólo en el caso en que fuese de alguna utilidad para éste. ⁽⁵⁾ No se trataba, pues, de derecho alguno de la conciencia personal, de práctica alguna

(1) (Thom. Aq.) *Opuscul. de usuris*, c. 1.

(2) Ciceró, *Fin.*, 5, 23.

(3) *Ibid.*, *Pro Sestio*, 45, 97.

(4) Ciceró, *Ibid.*

(5) Ciceró, *Republ.*, 1, 33. Cf. *Fin.*, 2, 14; *Offic.*, 1, 7, 22.

independiente de la virtud para llegar á su perfección personal. Conciencia, mandamiento divino, perfección, no son más que nombres vanos. Sólo hay un precepto: aumentar por todos los medios imaginables el poder, la posesión, la renta del Estado. ⁽¹⁾ Sólo hay una virtud: ser útil al Estado. ⁽²⁾ Si se trata de la justicia, ninguno de los que se colocan en este punto de vista—y esto es corriente hoy día,—entiende por tal la justicia puramente humana, que el hombre ejerce con sus semejantes, y menos todavía la justicia religiosa y sobrenatural, que uno realiza por obediencia á los mandamientos divinos ó por amor á Aquél de quien todos somos hijos, sino únicamente la justicia social y política, que todos deben observar para que no se disuelva el todo, algo así, por ejemplo, como los caballos, que, enganchados á un mismo carruaje, están obligados á marchar uniformemente. Y si se trata de otra virtud, de sabiduría, de fuerza de voluntad, de moderación, sólo tiene valor en el caso de que, sin éstas, dicha justicia fuera difícil de mantener. ⁽³⁾

Con estos dos principios de los dos grandes pueblos civilizados de la antigüedad, hemos encontrado también el doble ideal que el Humanismo ha ofrecido del hombre, ideal sólo posible allí donde una religión superior á él no le indique su último fin. Pues bien, la vida del individuo, como la de la sociedad, ha sido organizada en todas partes, desde los días de la antigüedad hasta la hora presente, según uno ú otro de estos ideales, allí donde la religión ha sido rechazada como centro y resorte de toda humana actividad. Ó bien se procura hacer lo más cómoda posible la existencia, y organizar el mundo del modo más bello posible, y entonces se considera la vida como un juego y los hombres como juguetes, ó bien no se ve en la marcha de las cosas más que el mecanismo de una gran máquina, y entonces sólo se reconoce en el hombre un obrero encargado de dirigir, du-

(1) Ciceró, *Off.*, 2, 24, 85.

(2) *Ibid.*, 1, 44, 158.

(3) *Ibid.*, *Fin.*, 5, 23.

rante su corta jornada de trabajo, una pieza cualquiera de esta máquina, considerándosele tanto más grande en la historia, cuanto que más hábilmente ha hecho funcionar esta pieza. No van más allá los ideales del Humanismo.

4. Rebajamiento del hombre por la profanación de su ideal. Disolución de la vida privada y de la vida pública.—Todo crimen cometido contra el hombre es perdonable, con tal que no afecte á lo que existe de más elevado y necesario. Defraudarle el salario justamente ganado, explotar su hombría de bien y su potencia de trabajo, engañarle, asesinarle traidoramente, son ciertamente crímenes. Sin embargo, estos crímenes no se refieren más que á bienes materiales, si bien estimados y sagrados para él. Pero robarle la estimación que tiene de sí mismo, la conciencia que posee de su destino, el sentimiento de su dignidad y su valor, la creencia en su verdadero fin, en una palabra, robarle el ideal que se ha formado de sí mismo, equivale á matar su alma, su vida espiritual, y á hacerle incorregible. Tal es el gran crimen del Humanismo, considerado bajo todos sus aspectos, el mayor de que se ha hecho culpable desde el destronamiento de Dios. Pretendía elevar al hombre, al arrojar á Dios de su trono, pero en vez de esto, ha despreciado y corrompido completamente al hombre, lo mismo en su vida privada que en su vida pública.

Laméntase hoy amargamente el mundo de que el corazón haya perdido todo ideal, de que los hombres corran sin cesar tras la granjería y el placer, de que no sean capaces de sacrificio alguno, del menor aliento de entusiasmo, de ninguna acción verdaderamente grande y desinteresada. Sin embargo, esto es fácil de comprender. Era preciso llegar á semejante estado desde que el Humanismo se apoderó de los espíritus. He aquí los términos con que los impulsa á la empresa difícil de la vida: «¿Dirigir vuestras miradas á un más allá lejano, imposible de alcanzar? No. He aquí vuestro suelo, vuestro campo de batalla, vuestra patria. Aquí es donde debéis procurar cumplir vuestro

deber y conquistar vuestra felicidad». Mas luego, cuando se han dejado coger en sus lazos, cuando les ha arrebatado la fe, la esperanza y el aliento para trabajar por la eternidad, vuelve á la carga, y les descubre el fondo de su sabiduría, la manera cómo considera al mundo. «Todo es nada,—les dice.—Lo mismo aquí que allá, no hay fin, ni satisfacción, ni término para nuestros males; la vida no vale lo que cuesta». (1) En este caso, ¿qué conclusión más lógica que ésta pueden sacar los hombres?: Comamos y bebamos, vivamos para gozar, y empecemos hoy mismo. ¿Quién sabe si mañana podremos hacerlo? ¿Quién osará prohibírnoslo? ¿Acaso los doctores de la civilización moderna no nos han dicho siempre que no nos dejemos engañar, que somos dueños de nosotros mismos, y que no estamos sometidos á los mandamientos de Dios?

Pero ¿en qué se convertirá también la vida pública con semejantes principios? ¿Es que el ideal, una vez arrancado del corazón, permanecerá en él como un agente de policía, ó como un centinela á la puerta de su residencia? ¿Acaso se cree que los cañones basten para reemplazarlo? ¿Es que, por casualidad, el habitar en una caverna es tan agradable que, por amor á esto, se someta la humanidad á ese régimen, sin ideal más elevado? Por lo contrario, la incredulidad hace cada día los mayores esfuerzos para difundir principios, para disolver toda organización social. Hoy se dice públicamente y sin pudor alguno que se trata muy decididamente de restablecer la vida social y religiosa que la humanidad vivió—suponen—en sus comienzos. (2) Pero, ¿cuál es esta vida? Nadie lo sabe. Centenares de libros, pertenecientes á todas las ramas de la ciencia, se atreven á ver un dogma fundamental de la conciencia de la época en el hecho de que, en el estado primitivo de la humanidad, no había ni religión, ni moral, ni matrimonio, ni seguridad para la vida y para la propiedad, en el he-

(1) Cf. *Tom. IV, conf. XVIII.*

(2) *Freimaur. Zeit.* 9 Aug. 1873. n. 32 (en Pachtler, *Geetze der Humanität*, 199).

cho de que el hombre—allí donde la religión no le ha arrebatado su derecho primitivo—es el centro único de todo, y no conoce más que una ley y un solo móvil de su conducta: su propia ventaja. ⁽¹⁾ ¿Cómo la religión, la moral, la sociedad, el Estado, en una palabra, el orden público, podrán subsistir, si se trata de restablecer este estado de cosas?

Ahora bien, precisamente para alcanzar este fin es para lo que más trabaja el Humanismo. Sin duda alguna que su ideal es la glorificación personal del hombre. Pero este ideal es justamente inseparable de la negación completa del hombre, como lo hemos visto por la vida griega y romana, y como desgraciadamente podemos hacerlo ver con toda claridad por nuestro estado de civilización actual. La idolatría personal del hombre, que celebra su más magnífico triunfo en el Panteísmo, acaba siempre por caer en la servidumbre, en la opresión y en su consecuencia inevitable, la disolución de todo lo que existe. Así ocurrió en Oriente y en el mundo antiguo, y así ocurre en los tiempos modernos, en que el pesimismo, esta general servidumbre, realiza en la humanidad el juicio á que se ha hecho acreedora al rechazar su verdadero ideal. Ahora bien, desde que el hombre ha perdido la conciencia de su dignidad, nada hay seguro ante él. Comienza desde luego por rechazarse á sí mismo, y después, cuando se ha despojado de todo valor á sus propios ojos, es un consuelo para él destruirlo todo y arrastrarlo todo consigo á la ruina. Sopor-ta bien estas cosas, pero verse sin valor y sin objeto, he aquí lo que no quiere soportar. La carga de la más pesada angustia no le aplasta mientras conserva el justo sentimiento personal que le da conciencia de su dignidad y de su debilidad y le enseña igualmente la fuerza y la moderación. Pero desde el momento en que aprendió á no respetarse, ó, lo que es igual, desde el momento en que cree que le es permitido todo, todo lo podemos esperar de su parte, pues es capaz de todo.

(1) Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, I, 219; III, 258 y sig.

Vemos, pues, por esto cuán ciego y falso es eso que se llama civilización moderna, y cómo ésta favorece las tendencias á un desconcierto general. De un lado, el niño que uno educa en la creencia de que es un semidiós, y que con el tiempo está destinado á ser un Dios completo, vese privado de su ideal sobrenatural, é impulsado con arte, por todo extremo refinado, á romper todos sus lazos para sumergirse en la corrupción. De otro lado, el joven, que, sin contrapeso espiritual, se abandona al poder brutal del dinero, al desprecio, á la opresión, á la explotación, á la miseria social creada por medios artificiales, para experimentar que no existe ese ideal terrestre que se toma por norma. Después, la seducción, que está siempre en acecho, acaba lo que todavía podía faltar, y roba á los más pobres, con la única cosa que poseen, la virtud, su última posesión y su último apoyo.

¡Y todavía hay quien se asombra de la desmoralización de las masas y del acrecentamiento de los peligros que amenazan la existencia del mundo! Pero no hay motivo alguno para asombrarse de esto, ya que, si uno arrebatara á los hombres su ideal, la disolución de la sociedad es inevitable. El mundo antiguo debió desaparecer á consecuencia de la manera como consideraba al hombre, y de hecho pereció. Que el mundo moderno vea si no perecerá también por las mismas causas.

5. El ideal elevado del catecismo.—Sin duda alguna que sería condenado á la ruina, si el Dios misericordioso no le hubiese preparado un medio que, en su más extrema miseria, constituye siempre su esperanza, y su única esperanza. Este medio es la sabiduría del catecismo. Si éste no salva al mundo, la propia sabiduría del mundo le precipitará ciertamente en el abismo. Sólo aquel que indique á la humanidad lo que vale, puede ser su salvador. Ahora bien, sólo la locura de la fe puede enseñarnos á conocer el verdadero valor del hombre.

Es esta una sentencia muy prosaica y muy desagradable; pero si uno quiere ser de alguna utilidad á los hombres,